

# RELATO DESDE LA CRUZ

No tengo la certeza de qué hora pueda ser. El cielo se ha puesto tan oscuro y la bulla de la muchedumbre ha disminuido considerablemente. El que está a mi lado acaba de morir y me alegro que fuera así pues no ha tenido que sufrir el quebrantamiento de piernas que estoy padeciendo. El dolor es insoportable y por momentos me asfixio, pues ya no puedo incorporarme sobre mis pies. Parece que hasta aquí llegaron mis días, pero tengo la esperanza de que la promesa que me ha hecho el que acaba de morir se cumpla hoy mismo.

Puedo recordar aún, dentro de la poca de chispa de vida que me queda, ¿Cómo pude ser condenado a este cruel y tétrico suplicio? Oh, Dios; si tan sólo me hubiera alejado de aquél por quien hoy estoy aquí.

Recuerdo aquella noche donde los principales cabecillas de la resistencia judía estaban reunidos. Querían la liberación del pueblo de Israel del yugo romano. Yo estaba también allí. Era un vil ladrón y mercenario que quería sacar parte de la rebelión, pues se había prometido una paga considerable a todo aquel que se una y pelease por la causa liberadora.

Estábamos todos en dicho lugar, casi a oscuras, cuando de pronto, ingresó el líder de la causa anti romana. Un hombre famoso por sus asaltos a las caravanas imperiales y por su lucha de toda una vida en contra de éstos. Se colocó delante de todos, y luego de unas palabras llenas de convencimiento, la gente comenzó a mirarlo como la luz de la esperanza. A partir de ese momento se auto proclamó como el “Mesías” que todos habían estado esperando para liberar al pueblo judío; y desde entonces cambió su nombre por el seudónimo de Bar-Abba o barrabás, que era como le decíamos y que significaba “hijo del Padre”. Nadie podía imaginar hasta donde nos conduciría el nacionalismo de Barrabás. Sólo imaginábamos la paga, al final de la lucha.

El plan de aquél parecía tener todo a su favor. Él tenía mucha influencia sobre el grupo de los fariseos, una clase conservadora, opuesta a toda intervención extranjera y que consideraba lo no judío como irreligioso. Los fariseos eran el grupo dominante, en constante

pugna con los saduceos, que eran de tipo liberal y de estirpe sacerdotal.

Barrabás se mantenía en contacto con los fariseos. Sabían el momento del inicio de la rebelión y tenían los hombres necesarios. Sin embargo, durante una reunión privada, los jefes de los fariseos le comentaron de un problema que había aparecido casi recientemente.

Se trataba de un hombre que había estado proclamando una doctrina que ellos no comprendían. Se habían admirado de la autoridad con la que enseñaba los Libros Sagrados y de su poder de hacer milagros y curaciones. Pero también se quejaban de que este hombre no respetaba la Ley, que obraba en día sábado y que se autoproclamaba Hijo de Dios.

Barrabás preguntó a los jefes fariseos sobre el nombre del personaje, y éstos le respondieron que se llamaba Jesús de Nazaret. Luego de escucharlos, trató de calmarlos aludiendo que nada bueno, ni mucho menos de temer podía salir de la región de Galilea. Pero los jefes fariseos dijeron que en poco tiempo de predicación de su doctrina, Jesús había congregado muchísima más gente que la que cualquier líder habría podido reunir en una lucha. Este comentario molestó mucho al líder de la rebelión y pidió un poco de tiempo para saber quién era en realidad ese tal Jesús. Cuando Barrabás llegó donde estábamos reunidos, nos habló de

aquel hombre. Yo había escuchado algo de él. Decían que era muy extraño y que tenía poderes asombrosos.

Contaban de cómo había sido él quien les trajo un vino exquisito a unos esposos en Caná, y que en otra ocasión arrojó a los mercaderes del Templo<sup>2</sup>; pero, no sabía nada más. Fue entonces cuando Barrabás preguntó a los presentes si conocían algo de aquel hombre, pero nadie respondió. Todos se miraban envueltos en la duda. Mas cuando yo me disponía a levantar mi mano para decir lo poco que sabía de él, alguien se adelantó y salió al frente. Su nombre era Judas. Un hombre de la ciudad de Carioth, por eso le llamábamos Iscariote. Al estar junto a Barrabás le dijo que no sabía nada acerca de Jesús, pero había escuchado rumores que se dirigía para Cafarnaúm a predicar.

Barrabás no encontró mejor ocasión para saber de ese tal Jesús y resolvió encargar una misión a Judas. Le dijo que se dirigiera a Cafarnaúm y averiguase quién era en realidad Jesús, quién lo enviaba y con qué autoridad hacía las cosas que la gente comentaba. Judas aceptó la misión,, pues, en el fondo, estaba entusiasmado por conocer a este hombre, que a lo mejor se convertía en el verdadero libertador del pueblo judío.

---

<sup>2</sup> Cfr. Jn 2, 1 - 14

Cuando Judas llegó a Cafarnaúm, sucedió lo que jamás pensó. Ese Jesús lo escogió para ser uno de los suyos. Judas se había impresionado tanto con la predicación del Reino que Jesús hacía, que inmediatamente aceptó seguirle. Claro está que cuando Judas creyó estar cumpliendo su misión, era Jesús quien ya la estaba cumpliendo en aquél.

Así transcurrió el tiempo sin muchas noticias sobre Judas. Barrabás aguardaba pacientemente cada informe, tanto de Judas como la de sus secuaces que vigilaban las acciones de Poncio Pilatos y Herodes Antipas, a quienes también pensaba eliminar.

El Sanedrín lo mandó llamar. Estaban a la espera de respuestas aclaratorias, pero nada pudo decir, pues él tampoco sabía mucho. Por otro lado, nosotros no lo pasamos de brazos cruzados todo ese tiempo. Por órdenes de Barrabás, habíamos asaltado, en el año transcurrido, cerca de ocho caravanas romanas, cargadas con el erario real, el dinero de los impuestos que iba a ser llevado a Roma. Nos habíamos agenciado de recursos económicos para sostener la rebelión.

Fue entonces cuando una noticia sorprendió a Barrabás: Jesús de Nazaret se dirigía a Jerusalén. Era el momento de saber quién era realmente. Pero esta vez yo me ofrecí para cumplir esa misión, pues Barrabás no podía aparecer públicamente porque podía ser fácilmente reconocido por la guardia romana. Me dirigí con destino a

Jerusalén, la Ciudad Santa, para ponerme en contacto con Jesús de Nazaret.

Cuando llegué, vi un gran número de enfermos cerca de la piscina llamada Bezata y uno de entre todos se había convertido en el centro de la atención. Pregunté a la gente quién era y ellos me respondieron que era un hombre que había padecido de parálisis desde hacía treinta y ocho años y que hoy había sido curado<sup>3</sup>. Evidentemente, pregunté quién había hecho tal prodigio y la gente me respondió un solo nombre: Jesús de Nazaret.

Me estremecí al escucharlo mencionar. Miré a todos lados tratando de buscar a alguien que esté haciendo curaciones, pero había llegado tarde. Sin embargo, me enteré que se había ido rápido pues algunos se habían escandalizado del hecho por ser día sábado.

Busqué casi por toda la ciudad, pero no lo encontré. Luego, casi sin esperanza, pregunté a uno de los que le habían escuchado y me respondió que se dirigía a Cafarnaúm. Sin demora, me puse en camino hacia esa ciudad. Distaba mucho de Jerusalén, pero algo me impulsaba a seguirle.

Cuando llegué, había comenzado el mes de Siwan. Y fue en esta ciudad donde, finalmente, tuve el primer encuentro. Él estaba junto a

---

<sup>3</sup> Cfr. Jn 5, 1 – 18

muchas personas a orillas del Lago de Tiberíades. Me acerqué desde el fondo. Estaba hablando de la pureza interior. No parecía un maestro de la Ley, pues no hablaba con formulismos. Al contrario, hablaba con sencillez y humildad.

Había allí unos fariseos que cuestionaron sus acciones y la d sus discípulos, pero Él respondió con sabiduría. Luego los dejó<sup>4</sup>. Supe, por algunos, que se dirigía a la región de Tiro y Sidón<sup>5</sup>, pero no pude seguirlo ya que era un viaje agotador.

Luego de varios días me enteré que estaba de regreso, cerca de Cafarnaúm. Decían que había curado a la hija de una cananea<sup>6</sup> y también a un sordo tartamudo en Decápolis<sup>7</sup>.

Marché pues hacia donde Él se dirigía. Esta vez, un mar humano le había seguido. Eran cerca de cuatro mil hombres, sin contar mujeres y niños. Por un momento pensé que si Barrabás tuviese tanto poder de convencimiento como lo tenía Jesús, hacía tiempo hubiéramos expulsado a los romanos.

Traté de colocarme lo más cerca que pude y me senté a escucharlo. Se le acercó mucha gente que traía consigo cojos, ciegos, sordos,

---

<sup>4</sup> Cfr. Mt 15, 1 – 20

<sup>5</sup> Cfr. Mt 15, 21

<sup>6</sup> Cfr. Mt 15, 22 – 28

<sup>7</sup> Cfr. Mc 7, 31 – 37

leprosos y todo tipo de enfermos; y al instante, Él los curaba<sup>8</sup>. Era ciertamente asombroso, un prodigio. Todo mi ser estaba confundido. Al terminar su jornada, no sólo no nos despidió sin más, sino que dio de comer a toda esa muchedumbre<sup>9</sup>. No sé como lo hizo, pero todos quedaron satisfechos, incluso yo. Pocos días después, Jesús se dirigió a Betsaida, donde una vez más comprobé el poder que tenía cuando sanó a un ciego<sup>10</sup>. Después de aquel prodigio me dirigí a Jerusalén para contarle a Barrabás quién era Jesús y qué era lo que proclamaba. Sólo cuando llegué a Jerusalén, el mes de Elul, me di con la noticia de que Jesús también venía para esta ciudad.

En mi entrevista con Barrabás dije todo aquello de lo que fui testigo presencial. Lo describí tal y como lo conocí. Barrabás supuso que podía ser un peligro, pues podía adormecer la mente de la gente si seguía predicando un absurdo amor por los enemigos.

Barrabás resolvió, no sé de dónde, que Jesús era un enviado de las autoridades romanas para sosegar a la gente. Me pareció un juicio absurdo, pues nunca lo vi junto a algún romano o entrar a alguna institución imperial. No obstante, decidí quedarme en silencio pues no quería que me tomasen como a un traidor. También me preguntó

---

<sup>8</sup> Cfr. Mt 15, 29 –31

<sup>9</sup> Cfr. Mt 15, 32 –38

<sup>10</sup> Cfr. Mc 8, 22 –26

por Judas, pero le dije que a él sólo pude verlo de lejos y no logré acercarme.

Barrabás estaba inquieto. Había perdido cerca de una veintena de hombres en un enfrentamiento con los soldados romanos, los cuales habían redoblado la vigilancia en la ciudad; tenía tras de sí la presión de los fariseos, que veían bastante retrasado el inicio de la rebelión; y tenía la figura de Jesús como el adormecedor del espíritu de las gentes, lo cual era inoportuno en un momento en que él quería despertar el fuego de la venganza y la liberación del yugo romano.

Lo cierto de todo esto es que la gente seguía a Jesús, y los fariseos decidieron tomar acciones directas en este asunto. El punto más crítico se dio cuando el mismo Jesús declaró que era Dios quién lo había enviado. Al fin, los fariseos tenían una razón para arrestarlo: Blasfemia.

Sin embargo, aunque trataron de prenderle, nadie puso su mano sobre Él, pues aún no había llegado su hora<sup>11</sup>. El pueblo judío se había dividido por causa de Jesús. La situación político – religiosa de Jerusalén se ponía cada vez más tensa; y hasta el Sanedrín se había dividido por su causa<sup>12</sup>. En el lugar de las reuniones de los

---

<sup>11</sup> Cfr. Jn 7, 16 – 18. 28 – 30

<sup>12</sup> Cfr. Jn 7, 40 – 53

rebeldes se empezaron a tomar decisiones más drásticas en torno al desarrollo de la liberación.

A fines del mes de Shebat, Barrabás tenía ya una idea fija de quién era Jesús: Alguien que quería que el pueblo judío viviera en la pobreza bajo el yugo romano, y que odiaba al grupo de los fariseos, sobre los cuales había lanzado una serie de condenaciones, llamándolos hipócritas, rapiña, insensatos y otras cosas más<sup>13</sup>. Además, estaba induciendo a la gente a que se cuidase de sus enseñanzas.

Barrabas decidió empezar a convencer a las personas que había llegado el momento de liberarse de la opresión y devolverle al pueblo judío su soberanía política y religiosa. Fue entonces cuando empezó todo un proceso de convencimiento del pueblo judío, cosa que no fue muy difícil, pues el resentimiento estaba a flor de piel y sólo era cuestión de despertarlo.

El rechazo a los romanos se hizo casi evidente. El procurador Poncio Pilatos comunicó a Herodes Antipas acerca del problema. Herodes ordenó que se averiguase quién era el causante de estas instigaciones, que fuese apresado y condenado según la ley. Así se cumplió y se comenzó a indagar por el culpable. Pilato sabía que los

---

<sup>13</sup> Cfr. Lc 11, 37 – 44

fariseos podían tener una respuesta clara, por lo que decidió llamar a sus jefes para que respondieran a sus preguntas.

Durante el interrogatorio, los jefes fariseos no pudieron encontrar mejor situación para echarle la culpa a Jesús y desviar la atención de las autoridades del Imperio sobre aquél. Al término del interrogatorio, comunicaron a Barrabás lo ocurrido. Al fin tendrían a Jesús fuera de sus planes. La situación empeoró cuando, estando Jesús predicando en un pueblo cercano a Nazaret, unos fariseos se le acercaron y le dijeron que saliese del pueblo porque Herodes quería matarlo y no deseaban que su tierra se manchara de sangre antes de la Pascua. Jesús respondió con firmeza y llamó a Herodes, zorro<sup>14</sup>. Muchos milagros continuó obrando Jesús durante su peregrinación en los pueblos y aldeas, sin embargo, su hora se acercaba.

Por su parte, Barrabás, que ya tenía formado un ejército considerable, decidió dar un último golpe antes del estallido de la rebelión. Por aquellos días, una caravana romana llegaría con ingentes recursos financieros para el reforzamiento de la guardia en Jerusalén. El plan era tomar por asalto la caravana y adueñarse del tesoro.

---

<sup>14</sup> Cfr. Lc 13, 31 -

Se había incorporado al grupo un mercenario despiadado llamado Gestas. Era un hombre en quien yo no hubiera podido confiar, pero Barrabás lo hizo, y ese fue su gran error. Todo el plan estaba trazado. Barrabás, centrado en el desarrollo de la rebelión; y los jefes fariseos, centrados en acabar con Jesús. Al fin, los sumos sacerdotes y los fariseos decidieron matar a Jesús, pues uno de ellos, Caifás, había dicho que era preciso que muriese un solo hombre antes que toda una nación entera<sup>15</sup>.

Las acciones finales estaban resueltas. Era el día domingo dos, del mes de Nisán cuando Jesús ingresó triunfalmente a Jerusalén, para luego dirigirse a Betania<sup>16</sup>. El día lunes ya todo estaba listo para la emboscada de la caravana. Sin embargo, todo fue una trampa de los romanos, pues al tomarla por asalto, nos rodeó todo un ejército de soldados. Los romanos sabían del asalto. Todos nos turbamos en aquel momento. Los romanos empezaron a diezmar a nuestros hombres. Barrabás eliminó a dos soldados romanos, pero luego estuvieron sobre él y lo capturaron. Al instante, todos corrieron y, cuando intenté huir, también fui capturado.

Cuando estuvimos ante el general romano, nos dimos cuenta que quien nos había traicionado, era Gestas. Según él, los romanos pagaban mejor que los miserables rebeldes.

---

<sup>15</sup> Cfr. Jn 11, 47 – 53

<sup>16</sup> Cfr. Mt 21, 1 – 2 . 6 – 9 ; 21,

De pronto, el general dio un golpe en la espalda de Gestas, derribándolo y diciéndole que Roma jamás hacía tratos con traidores ni rebeldes. Dicho esto, nos condujeron a los tres a la prisión de la ciudad de Jerusalén. Mientras tanto, Jesús había continuado su predicación en Jerusalén. Para este entonces, también Él contaba con un traidor entre los suyos: Judas Iscariote, quien se había desilusionado de Jesús. No era la persona que él se había imaginado. Pensó que Jesús había traicionado sus ideales y que jamás sería el liberador del pueblo de Israel; y la traición se apoderó de su corazón.

Por su parte, el Sanedrín conspiraba contra Jesús. Tenían que hacerle desaparecer de modo oculto, sin que el pueblo lo advirtiera<sup>17</sup>. Urgía obrar con rapidez, en secreto y antes de la Pascua. Pero aquí radicaba la dificultad, pues faltaban apenas dos días para esta fiesta, y Jesús pasaba todo el día con el pueblo. ¿Cómo proceder con tan poco tiempo disponible y de forma que la prisión sólo se conociese después de consumada? Fue entonces cuando la ayuda vino de donde menos se esperaba. Judas llegó donde los sumos sacerdotes y les preguntó qué le darían si les entregaba a Jesús. Y le asignaron treinta monedas de plata<sup>18</sup>.

---

<sup>17</sup> Cfr. Mt 26, 3 – 5

<sup>18</sup> Cfr. Mt 26, 14 -

Así fue como, aproximadamente a las once de la noche, Judas entregó a quien había seguido<sup>19</sup>. Jesús llegó a parar a la prisión de la ciudad, donde nosotros estábamos. Él estaba muy golpeado y permanecía en silencio. Cuando lo llevaron donde el procurador, este resolvió, a instigación de los judíos, la crucifixión de Jesús y la liberación de Barrabás, a quien prefirieron<sup>20</sup>.

Barrabás fue sacado de su celda y puesto en libertad; y pude darme cuenta, al fin, que la rebelión y la liberación nunca prosperarían, porque los judíos eran un pueblo de dos caras: alaban a una persona un día, y la maldicen al siguiente.

Finalmente, se resolvió también nuestra crucifixión por ser enemigos de Roma. Jesús ocupó el lugar que, por justicia, le correspondía a Barrabás. Y fue así como, después de azotarnos, nos sacaron al patio y nos hicieron cargar el pesado madero horizontal donde seríamos crucificados, sin embargo, a Jesús le hicieron cargar la cruz completa; quizá para complacer a los judíos viéndolo sufrir más. Yo tenía mucho miedo. Jesús iba delante de mí. La gente se agolpaba para escupirlo, burlarse y maldecirlo. Nos obligaron a avanzar más rápido. Caminamos un trayecto muy largo, desde el Pretorio hasta el lugar de la Calavera. Producto del cansancio y del

---

<sup>19</sup> Cfr. Mt 26, 47 – 48

<sup>20</sup> Cfr. Mt 27, 26

dolor de las heridas de la carne desgarrada por los látigos, Jesús se desvaneció hasta en tres oportunidades.

Cuando llegamos al lugar, nos quitaron las vestiduras y la de Jesús fue echada a suerte por los soldados. Finalmente, nos crucificaron. El dolor de los clavos atravesando nuestras manos y nuestros pies era insoportable. El peso del cuerpo hacía este dolor más intenso. Cuando las cruces estuvieron erguidas, pude ver a toda esa gente que seguía burlándose de Jesús, que se encontraba en el centro<sup>21</sup>.

Pude oírle orar a Dios que los perdonaba, pues no sabían lo que hacían<sup>22</sup>; y por fin comprendí que a quien habían crucificado en realidad era al Mesías, el Hijo de Dios. Gestas, que estaba al otro lado, también le hablaba en tono reprochante. Yo le hice callar<sup>23</sup>, y fue entonces cuando quise, en ese momento, rehacer mi vida. Ahora sé que valió la pena morir así, pues estaba sufriendo junto a Él.

Yo le dije que se acordara de mí cuando estuviese reinando. Su respuesta devolvió la esperanza a mi vida vacía: “Te aseguro que hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso”<sup>24</sup>. Pasaron unas horas y luego, Jesús murió.

---

<sup>21</sup> Cfr. Mt 27, 36 . 39 – 44

<sup>22</sup> Cfr. Lc 23, 34

<sup>23</sup> Cfr. Lc 23, 39 - 41

<sup>24</sup> Cfr. Lc 23, 42 –43

Gestas y yo estamos durando algo más de tiempo en este suplicio terrible. Las piernas, quebradas por los soldados, harán que el sufrimiento y el dolor sean menos prolongados y que la asfixia termine con esta tortura.

En esta hora de mi agonía, espero de Jesús la promesa de estar junto a Él, porque me arrepentí de corazón en el último momento. Mi vida se está apagando. Ahora sí, Señor, tu siervo Dimas se reunirá contigo en el Paraíso que le has prometido.

## RESEÑA BIOGRÁFICA DEL AUTOR



Dennis Omar Miranda Bereche nació en la ciudad de Talara el 18 de enero de 1980. Hijo de Don Víctor Miranda Ruidías y de Doña Elena Bereche Llanos, es el último de cuatro hermanos. Desde muy pequeño sintió inclinación por la lectura y la redacción de textos a partir de los contenidos que leía en libros que sus padres habían adquirido para su formación escolar y personal. Vivió hasta los 16 años de edad en el distrito de La Brea-Negritos donde realizó sus estudios primarios y secundarios en los colegios Cristo Rey y José Pardo y Barreda respectivamente.

En 1998 ingresa a la Universidad de Piura donde se graduó como Docente en la especialidad de Historia y Ciencias Sociales. En 2006 ingresa a trabajar como colaborador docente en la Facultad de Ciencias y Humanidades de esta casa de estudios, impartiendo los cursos de Geografía Humana, Geografía del Perú y Sociología. En 2010 regresó a Talara para desempeñarse como profesor en la I.E.P Federico Villarreal. En 2012 ingresa a trabajar en la Oficina de Turismo de la Municipalidad de La Brea, desde donde creó y dirigió los proyectos de: Yubarta: el fascinante mundo de la ballena jorobada (2012) que obtuvo el segundo puesto en el concurso de proyectos sobre Gestión Social del Patrimonio organizado por la Universidad de Piura (UDEP) en 2013; Expo Negritos (2013); Negritos, Naturaleza e Historia (2013) y La Brea Salvaje (2015). Actualmente es jefe de la Dirección de Servicios Sociales y Turismo de esta misma municipalidad.

Ha escrito artículos de tipo turístico para el suplemento Semana y Diario El Tiempo. La presente obra es el resultado de ocho años de inspiraciones sobre diversos temas y sobre la experiencia sentimental del autor.